



Lingüística y Literatura

ISSN: 0120-5587

revistalinylit@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Fernández Morales, Míriam
APROXIMACIÓN A LAS DIFICULTADES TEÓRICO-CONCEPTUALES DEL BINOMIO
“LITERATURA-REGIÓN”
Lingüística y Literatura, núm. 61, 2012, pp. 59-72
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476549333005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

APROXIMACIÓN A LAS DIFICULTADES TEÓRICO-CONCEPTUALES DEL BINOMIO “LITERATURA-REGIÓN”

Míriam Fernández Morales
Universidad de Granada

Recibido: 15/10/2011 Aceptado: 20/01/2012

Resumen: el objetivo de este estudio es analizar, con las herramientas que nos ofrece la teoría literaria contemporánea, algunas de las dificultades teóricas a las que nos enfrentamos a la hora de realizar historias de las literaturas regionales, a partir de la idea de que ciertas nociones que utilizamos para alejarnos de conceptualizaciones ortodoxas o excluyentes, no resultan tan adecuadas o ingenuas.

Palabras clave: literatura regional, historia de la literatura, teoría de la historia literaria.

AN APPROACH TO SOME THEORETICAL AND CONCEPTUAL DIFFICULTIES OF PAIRING “LITERATURE-REGION”

Abstract: the aim of this study is to analyze, with the tools that offers contemporary literature theory, some theoretical difficulties we face making histories of regional literature, based in

the idea that certain notions that we used to get away from orthodox or exclusive, are not so adequate or innocent.

Key words: regional literature, histories of literature, theory of literary history.

De suerte que lo más modifiable, lo más revisable y en cierto sentido lo más reversible es todo aquello que creíamos cumplido y consumado definitivamente en el tiempo. Quedan, en cambio, y se sobreviven las palabras, los signos con que ayer señalábamos algo muy importante que es hoy muy otra cosa. Bien hacia el príncipe Hamlet en desdeñar las palabras. Él sabía, sin embargo, que nada hay en la vida del hombre que dure tanto como ellas.

Antonio Machado

El largo recorrido reflexivo que se ha llevado a cabo, a partir de las primeras críticas de metodología histórico-positiva a la historiografía nacionalista, pasando por los acercamientos sincrónicos tras el formalismo, la vuelta a enfoques contextuales de carácter materialista, la crítica foucaultiana de la historia como constructo ideológico o la tarea de poner en evidencia la poderosa estructura de los discursos hegemónicos a la hora de invisibilizar los que no interesan, este recorrido nos sitúa en una tesitura teórica realmente compleja en aras de decidir cómo enfocar la historiografía literaria en la actualidad. Hay un factor, no obstante, al que no podemos dar la espalda, una especie de punto de partida: la objetividad como pretensión científica y positiva está desterrada de la tarea historiográfica, el pensamiento de la desconstrucción —como explica Lee Patterson— terminó con “el destronamiento del historicismo como disciplina objetivista y el reconocimiento de que cada documento es en sí mismo un texto que requiere interpretación” (Beltrán, 2005: 61).

No se puede decir, no obstante, que hayamos acatado las críticas que se vienen realizando a lo largo de las décadas a las visiones de la tarea historiográfica. Lo cierto es que cuando nos enfrentamos a historias de las literaturas actuales o a reflexiones teórico-críticas sobre su quehacer, existe un vaivén que oscila entre concepciones supuestamente denostadas, posiciones que son asumidas como políticamente correctas, intentos de resemantizar conceptos fundamentales o de crear otros para nombrar panoramas contemporáneos.

La pretensión de estas líneas es evidenciar algunas de las dificultades teórico-conceptuales con las que nos encontramos cuando leemos teoría sobre historia literaria regional, poner sobre la mesa las incongruencias conceptuales que cometemos

presionados, no sólo por la dificultad de llevar a cabo historia de la literatura, sino por el estado de la cuestión crítico de la disciplina y por lo peliagudo que resulta poner a dialogar dos realidades que, en principio, no parecen estar estrechamente vinculadas, como son la literatura y las regiones. La lista de prejuicios que laten tras algunos de los discursos que tratan de analizar la literatura regional como objeto de estudio o que reflexionan sobre su pertinencia¹, es amplia, aunque, más allá de que hayamos decidido centrarnos en las dificultades y no en los aciertos, queremos dejar constancia del incuestionable valor de muchos de ellos.²

El primer factor a destacar es de cariz ideológico-político y nos sitúa en un panorama bipolar o, más bien, bipartidista. Existe una idea —implícita o explícita— de que posicionarse críticamente frente a las historias literarias regionales sitúa al especialista que lo hace en un discurso hegemónico y centralista, a favor del canon tradicional e incluso de la globalización, comprendida como un movimiento que pretende borrar las fronteras culturales, sociales y políticas, a favor de unos centros de poder que tomarían las decisiones. Dentro del ámbito teórico-literario, se trataría de un discurso esencialista, estético, universalista y totalizador, todo él perverso en la medida en que va en contra de la diferencia y el contexto. Abogar, por tanto, por una perspectiva distinta a las expuestas por estos estudios conllevaría —desde su punto de vista— un distanciamiento ética e intelectualmente reprochable.³

Este aspecto se enmarca, entre otras cuestiones, en el hecho de que tradicionalmente los acercamientos al objeto literario se han realizado desde dos tendencias antitéticas correspondientes al lugar en el que se pusiera el acento del valor de la obra: en su carácter universal y antropológico o en su carácter individual e histórico. A lo

- 1 El corpus de textos elegido es de carácter contemporáneo —aborda textos teóricos desde los años 80 hasta la actualidad^¾, e internacional, se han tenido en cuenta estudiosos latinoamericanos, europeos y estadounidenses. Sin embargo, esta diversidad no multiplica las dificultades que son centro de este trabajo, muy por el contrario, las define, pues exceptuando cuestiones puntuales que atañen a regiones concretas, los planteamientos se realizan en los mismos términos y los problemas *teóricos* a resolver son prácticamente idénticos, independientemente de la materia de análisis de cada estudio.
- 2 Destacamos las aportaciones de Beltrán Almería y Valdés San Martín (2005); las reflexiones de Claudio Guillén en *Teoría de la historia literaria* (1989) y los esfuerzos teóricos que visibilizan los tres volúmenes coordinados por Olga Vallejo, Alfredo Laverde y Ana María Agudelo.
- 3 “Los pregoneros del neoliberalismo y de las dictaduras internacionales del mercado intentan borrar las fronteras, no sólo económicas, sino también culturales entre las regiones y los países. Los desarrollos tecnológicos y los proyectos de modernización que subyacen como las verdaderas estructuras que impulsan estos cambios, tienen también en las expresiones artísticas experimentales, su punta de lanza para la imposición de nuevos cánones, que marginan y excluyen las manifestaciones locales y las hacen parecer extemporáneas, en un mundo que pretende la centralización hegemónica de lo económico y también de lo cultural; por estas razones, el tema de la literatura regional en tiempos de la globalización, bien pudiera ser un anacronismo o un reto, dependiendo de la perspectiva con que se mire la complejidad del asunto.” (Vargas, 2003: 83-84).

que habría que añadir el tinte revolucionario del que se tiñen los análisis cercanos a la ideología de los Estudios Culturales. No obstante, hay posiciones teóricas más allá de estas dos vertientes. Quizá un buen ejemplo sería el de Frederic Jameson, pues —como expresa García Berriño— es difícil tacharlo de academicista o conservador (García, 2008) y, sin embargo, hace una crítica a algunas de las conceptualizaciones centrales o adyacentes al ámbito de los Estudios Culturales.⁴

Dejando a un lado las múltiples perspectivas generadas respecto al tema, lo más destacado, a nuestro parecer, es que en estos mismos estudios sobre la pertinencia de la historia de la literatura regional se utilizan terminologías y conceptualizaciones provenientes de los discursos hegemónicos tradicionales criticados, y se ponen en cuestión algunos conceptos controvertidos, como el de canon, que, evidentemente, se asumen como parte de los mismos. Repasemos brevemente algunas de estas ideas recurrentes que no están en consonancia con las intenciones que se explicitan para la ordenación y análisis de un corpus literario perteneciente a una región determinada.

En primer lugar, estaría el recurso metodológico y, desde otra perspectiva, biografista, de asumir el lugar de nacimiento de los autores como factor determinante en su pertenencia a una literatura regional.⁵ Los ejemplos para poner en cuestión este punto de partida son conocidos por todos y las críticas —ya tradicionales— que se han hecho a esta tendencia también. Me remito, por poner un ejemplo, a la obra de Hans Robert Jauss ¿Cómo puede dar razón del lugar de una obra en la historia de la literatura el pueblo o ciudad de nacimiento de su autor o autora? La pertenencia de la misma responde, desde nuestro punto de vista, a un ámbito literario, textual, cultural, y no exclusivamente geográfico-político. Como expresa Díez de Revenga: “[...] no creemos, en efecto, que existan unas fronteras geográficas para el hecho literario y que éstas coincidan precisamente con las fronteras que ha trazado la actual estructura autonómica de España” (Díez de Revenga, 1994: 138) o departamental en el caso de Colombia.

Pensemos en el caso de Rosalía de Castro ¿Podemos asumir su producción artística como literatura regional por su lugar de nacimiento, porque habla de las tierras gallegas y, además, lo hace en lengua gallega? El sentimiento de pertenencia a esas tierras ¿la convierte en una autora regionalista?; y, si enfocamos,

4 Hacemos referencia a los Estudios Culturales puesto que la tendencia y terminología de las fuentes trabajadas forman parte del ámbito de discusión abierto por ellos.

5 De nuevo, nos encontramos en la historia y crítica literarias en las que vuelve a ser centro de atención el lugar del que procede el autor, tal y como reza la siguiente cita: “Transitar por la historia de las expresiones, a partir de la ubicación de sus autores dentro del contexto territorial y cultural donde nacieron, donde construyeron sus imaginarios y estructuraron su visión simbólica del mundo, aunque luego hayan emigrado física e intelectualmente hacia espacios más amplios” (Vargas, 2003: 83).

ese mismo sentimiento como universal, ¿podemos poner en diálogo sus textos con otros que muestren análogo contenido? Expone Hina Horst cómo incluso a finales del siglo XIX la literatura escrita en las colonias españolas se consideraba regional, pues aunque compartía la lengua vehicular, distaba espacialmente del centro de poder (Hina, 1998: 271). El problematismo de la cuestión es evidente.

La historia de la literatura regional resulta plausible como decisión metodológica, consciente de que los límites impuestos, aunque puedan responder a la existencia de comunidades históricas o culturales, son una compartimentación que el investigador realiza en busca de cierto orden y de un corpus abarcable, sin perder de vista, además, que esas mismas comunidades históricas o culturales son constructos identitarios, no realidades naturales.⁶

Libardo Vargas Celemín en su artículo “Los estudios de literatura regional: ¿Anacronismo o reto?” expone que los especialistas reticentes a la perspectiva regionalista lo son por desconocimiento de la diferencia entre el regionalismo como tendencia literaria del siglo XIX y la literatura regional:

El regionalismo fue un tipo de literatura producida en determinados lugares y que tuvo como referente exclusivo un momento histórico preciso y unas situaciones concretas que surgieron como respuesta a unas condiciones sociales particulares. La literatura regional es aquella escrita por autores no nacidos en los centros de poder económico y cultural, identificados por el lugar de nacimiento y el contexto social de sus primeros años, pero abiertos al mundo, es decir, nutridos de la experiencia vivencial directa y retroalimentados de la cultura universal (Vargas, 2003: 85-86).

Esta definición del regionalismo nos parece aplicable en igual medida a la literatura nacional. Por su lado, a los autores nacidos en los centros de poder ¿no los identifica desde ese mismo punto de vista también su lugar de nacimiento, su contexto social, etc.? Y, yendo más allá, por haber nacido en un centro de poder, ¿debemos presuponer que sus textos poseen una perspectiva etnocéntrica y homogeneizadora? Estas ambigüedades son producto de una perspectiva en exceso biografista, centrada en los autores y no tanto en los textos. Lo territorial no resultaría tan determinante como el espacio —o los espacios— semióticos compartidos; la arbitrariedad o convencionalidad de estas fronteras geopolíticas da lugar a que estas definiciones sirvan de igual manera para calificar los productos culturales de una región o de los llamados centros. El fundamento histórico del regionalismo decimonónico queda

⁶ “El desafío es crear una historia efectiva; la trampa, caer en la idea vacía de que la herencia cultural de una comunidad o comunidades es la amalgama de un desafío simbólico nunca obsoleto e ilimitado. Debemos recordarnos que todo artefacto cultural está mediatisado por el lenguaje y por su uso en la comunidad de producción y recepción.” (Beltrán, 2005: 131).

fueras de dudas desde cualquier perspectiva que niegue el inmanentismo. Continúa Vargas Celemín:

Una lectura del ‘regionalismo’, desde la subjetividad y la emoción de la pertenencia obtusa al paisaje y a las costumbres ancestrales, resulta romántica, idílica, anacrónica y pierde todo sentido crítico, sobre todo cuando las mismas regiones han superado el atraso, han entrado en etapas de modernización, y su literatura dialoga con los movimientos artísticos universales (Vargas, 2003: 87).

En efecto, la visión romántica del regionalismo no es plausible en la actualidad como perspectiva crítica, pero si es esta una posición que evita esa idea ingenua, ¿podemos plantear que estas regiones hayan “superado su atraso”? ¿Las comunidades deben —desde este punto de vista— ‘avanzar’, hacia delante, hacia mejor, en una lógica de dialéctica histórica hegeliana, donde el objetivo hacia el que dirigirse es esa misma cultura hegémónica criticada, una modernidad supuestamente positiva para todos?

Se supone, así, que el regionalismo decimonónico no tiene un contexto mayor al de las propias fronteras territoriales, y que será la literatura regional posteriormente la que en una apertura de miras se vincule con “espacios mayores que le dan a sus productos literarios dimensiones nuevas que trascienden y se inscriben en el conjunto de obras continentales y universales, sin perder de vista su origen” (Vargas, 2003: 89).

Lo local aparece, por tanto, envuelto en un halo tradicionalista, de estrechez espacial y mental, relacionado con lo oral, lo primigenio, y con cierta idea de inmadurez artística, que es superada —supuestamente— cuando los autores salen de sus localidades de origen y se ponen en contacto con el mundo. En ese sentido, José Carlos Mainer, expresa una idea cercana:

El regionalista acepta habitar más o menos armoniosamente dos moradas que corresponden a dos fases de su trayectoria de sociabilidad: una primera que es vital, infantil, intuitiva, más cercana a la leyenda que a la historia; otra segunda que es racional y solemne, que se aprende en la escuela bajo la amenaza de la palmeta y se convierte en vivencia adulta. Lo regional queda, por tanto, a medio camino entre la naturaleza y la historia, entre lo elegíaco y lo reivindicativo (Mainer, 1993: 13).

Hay críticos que incluso afirman que la manifestación de la literatura regional es siempre oral, al dejar lo escrito para los estudios de literatura culta y relacionando la producción artística regional con lo popular en un sentido peyorativo.

Ahora bien, respecto a la literatura en su relación con la región en la cual se manifiesta, sin duda sólo la oral —y esto en algunos de sus géneros— tiene vínculos semióticos, “marcas”, con la región, tanto en el nivel de la expresión [...] como del contenido [...], con otras series, sobre todo la del mundo “real” circundante que mantiene la función de contacto con el auditorio siempre vigente, aunque este no interviene como

en el discurso común. [...] en resumen, solo este amplio y variado continente de la literatura oral, [...] puede ser llamado con toda propiedad [...] “literatura regional” (Prada, 2001: 89-90).

Jonathan Culler explica en su conocida *Breve introducción a la teoría literaria* que una de las funciones de esta disciplina es la crítica a las nociones de sentido común y a los conceptos considerados naturales, el análisis de las categorías que utilizamos para dar sentido a las cosas en literatura y al resto de prácticas discursivas (Culler, 2000). Sería interesante que aquellos tres espacios canónicos de la llamada en su momento Ciencia de la Literatura —**dejando a un lado la pretensión positivista**—, en conjunción con las vertientes más contemporáneas de los estudios literarios, culturales, semióticos, etc., volvieran a conversar, o siendo más concretos, que los especialistas en Crítica, Historia y Teoría literarias tuviéramos en cuenta el trabajo de cada una de esas disciplinas, en aras de reflexionar con la máxima exactitud terminológica, prudencia y honestidad intelectual sobre lo que pensamos, decimos y por qué razones lo hacemos. Nuestros discursos críticos e historiográficos se encuentran insertos en la misma idea de narratividad que se le supone a lo ficcional y, por tanto, comparten la capacidad de crear mundo o de perpetuar el establecido (los establecidos), incluso cuando la pretensión es sacar a la luz su perversión a la hora de invisibilizar determinados textos o visiones de mundo.

Otro de los aspectos destacables está relacionado con los llamados “discursos de las minorías”; lo traigo a colación porque en el corpus utilizado para este estudio se manejan algunas de las conceptualizaciones provenientes del ámbito abierto por los Estudios Culturales. En principio, no todo el quehacer de una historia de la literatura regional estaría inevitablemente vinculado con discursos minoritarios, excepto si pensamos que el concepto de región mantenido por estas historias tenga que ver, exclusivamente, con grupos históricamente silenciados. Vuelve a darse una relación de ideas que nos lleva a una cadena de conceptos discutible, del tipo: minorías —étnicas, sexuales, de género—, literatura popular, folclore, baja calidad artística. Me acojo a una cita explicativa de Jorge Echevarría que expresa con exactitud cuál es la situación actual respecto al tema:

Una de las encarnaciones contemporáneas, y foráneas, de esta política cultural es la adopción de los moldes de lo ‘políticamente correcto’, trasladando mecánicamente discusiones, logros y avances del mundo anglosajón a nuestro contexto. Ello lleva a buscar en la tradición literaria la presencia de escritores de minorías (étnicas, sexuales, culturales, etc.), para incorporarlos como obligatorios en los que podríamos llamar “cánones laxos” que se ofrecen consoladoramente como muestra de arrepentimiento a los supuestos o reales errores cometidos en el pasado. Sigue, sin embargo, que la calidad estética de los nuevos admitidos no sea el criterio para su elección, sino, más

bien, su mera adscripción representativa a uno de los grupos confeccionados ex profeso, pero sin su real impacto, privados del contexto crítico y de discusión que daría real legitimidad a sus representados (Vallejo, 2009: 124).

La no solo lícita sino fundamental tarea de dar cabida a aquellos textos que han sido silenciados y olvidados por el canon tradicional debe hacerse con la mayor precisión conceptual: no llamemos “ilustrada” a la tradición que se opone a la indígena, ni “literatura femenina” a la literatura escrita por mujeres, no relacionemos exclusivamente la literatura regional con lo oral o lo folclórico, no rescatemos textos desde una posición tan etnocéntrica como la que criticamos, no atribuyamos, sin mayor reflexión, la producción literaria a un país o a una región olvidando que se trata de historia de la literatura y que a los múltiples problemas teóricos y prácticos que tiene construir historia hay que unirles los que conlleva trabajar con un objeto de estudio llamado literatura.

Es a partir del romanticismo y del nacimiento de los nacionalismos cuando la literatura —explica Díez de Revenga— “deja de ser un ente universal, aquel que acoge toda obra escrita (*littera*) como conjunto o depósito colectivo común (a ello alude el sufijo *-ura*) sin importar el idioma en que está expresada la tal obra creadora o de ficción” (Díez de Revenga, 1994: 129). No insistimos en ello en una especie de añoranza de aquel pasado que siempre fue mejor, sino para reflexionar sobre cuánta de esta universalidad se le puede seguir suponiendo a la literatura y, por tanto, cuánta de su significación y valor se pierde si la constreñimos desde perspectivas geopolíticas.

Evitar las connotaciones identitarias, incluso nacionalistas, que conlleva la realización de una historia de la literatura regional resulta difícil, pero quizás ayude —como un matiz significativo— no usar los gentilicios tras la palabra literatura, para que no quede como Literatura antioqueña o gallega, sino como Literatura en Antioquia o en Galicia. La pertenencia resulta así más metodológica y circunstancial. Abogan por esta opción múltiples especialistas:

Sucede que cuando enunciamos el término “literatura” seguido de un gentilicio (española, manchega o alcaláína) conferimos al conjunto el discutible don de iluminar un destino colectivo y, a la vez, de ser iluminado y lleno de sentido por ese mismo supuesto destino. Hablamos, en definitiva, de “nacionalismo”, que suele ser un fenómeno descrito en sus consecuencias o exaltado en sus orígenes míticos pero escasamente analizado [...] Y el nacionalismo no es —pese a lo que quisieran los nacionalistas— un hecho natural y espontáneo, sino un hecho de cultura, hijo de la voluntad humana (Mainer, 1994: 10-11).

No cabe duda —como decimos— del valor que posee la tarea de dar a conocer, analizar e interpretar aquellos textos literarios que han quedado relegados al olvido

por distintas razones, pero “no con un afán de localismo y de regionalismo” (Díez de Revenga, 1994: 133)⁷ que no solo nos parece injustificado sino descontextualizador. Mientras que cuando hablamos de otros lenguajes artísticos, como es el caso del musical, resulta menos importante la nacionalidad de los compositores e intérpretes y se asume su universalidad sin tantos complejos, múltiples circunstancias han llevado a que la literatura sea arrastrada a apreciaciones cada día más reduccionistas e incluso interesadas.

Según Milan Kundera: “Son dos los contextos elementales en los que podemos situar la obra de arte: o bien el de la historia de la propia nación (llamémoslo el *pequeño contexto*), o bien el de la historia supranacional de su arte (llamémoslo el *gran contexto*)” (Kundera, 2005: 5). El autor define el provincianismo como:

la incapacidad de (o rechazo a) considerar su cultura en el gran contexto. Hay dos tipos de provincianismo: el de las naciones grandes y el de las pequeñas. Las naciones grandes se resisten a la idea goethiana de literatura mundial porque su propia literatura les parece tan rica que no tienen que interesarse por lo que se escribe en otros lugares. [...] Las naciones pequeñas se muestran reticentes al gran contexto por razones precisamente inversas: tienen la cultura mundial en alta estima, pero les parece ajena, como un cielo lejano, inaccesible, por encima de sus cabezas, una realidad ideal con la que su literatura nacional poco tiene que ver. La nación pequeña ha inculcado a su autor la convicción de que él sólo le pertenece a ella. Fijar la mirada más allá de la frontera de la patria, unirse a sus colegas en el territorio supranacional del arte, es considerado pretencioso, despectivo para con los suyos. Y como las naciones pequeñas atraviesan con frecuencia situaciones en las que corre peligro su supervivencia, consiguen con facilidad presentar su actitud como moralmente justificada (Kundera, 2005: 6).

Podríamos plantearnos, como una de las formas de salir del provincianismo cultural, volver a poner en el centro de nuestras preocupaciones la calidad estética de las obras, pues es este uno de los factores que prevalece a la hora de tomar en consideración un texto literario fuera de las fronteras de un país. Y no se trata, qué duda cabe, de dejar a un lado el valor individual e histórico de la obra, sino de conseguir cierta armonía entre estas dos tendencias que simultáneamente nos dan acceso a ella. Esta, insistimos, también participa del dominio de lo antropológico y universal. Aunque asumamos la dificultad de llevar a cabo este equilibrio en lo fáctico del trabajo investigativo, no deberíamos olvidar ninguna de estas variables, como sucede en algunas vertientes de análisis de los últimos años, en las que hemos relativizado uno de los polos hasta hacerlo invisible.

7 Aunque en su estudio sobre la historia de la literatura murciana utiliza el gentilicio, comenta que es mejor evitarlo.

Kundera propone un espacio intermedio para paliar este problema contextual, él lo llama “contexto mediano”, es decir “un camino intermedio entre el gran contexto mundial y el pequeño contexto nacional” (Kundera, 2005: 7), y que para Colombia sería América Latina. No obstante, tampoco este referente está exento de matices, pues no es fundamento por sí mismo de ninguna realidad distintiva o completamente autónoma a la hora de realizar estudios literarios desde un punto de vista histórico. Sí podríamos convenir en que hace alusión a un imaginario cultural compartido que, por otro lado —es un tema lleno de aristas— también se podría poner en relación con otras zonas del mundo, a razón, por ejemplo, de vínculos históricos, culturales, etc.

Resulta indispensable, desde este punto de vista, la mirada comparatista, entendida como una perspectiva que tiene en cuenta —porque conoce— lo que está sucediendo literariamente hablando en otros lugares, para así poder dimensionar adecuadamente el lugar de los textos-fuente.⁸ El comparatismo podría evitar, al menos en cierta medida, miradas excesivamente reduccionistas y chauvinistas, pues nos obliga a leer literatura de otros lugares y, por supuesto, producción científica. Nos resulta de vital importancia que cuando trabajemos temas nacionales o locales atendamos no sólo a los textos críticos escritos por autores que pertenezcan a estos ámbitos. Como plantea Stephen Greenblatt:

Una historia de la literatura apropiada debe no solo ser interdisciplinar [...] sino también intercultural; nada se gana permaneciendo dentro de las propias fronteras nacionales porque una adecuación de la cultura a una práctica discursiva particular solo puede ser aprehendida oponiéndola a la de otras (Beltrán, 2005: 108-109).

Como venimos señalando, en la tarea de llevar a cabo un historia literaria regional —incluso nacional— con la intención de recuperar aquellos textos, discursos, que han quedado relegados al ostracismo, desde una perspectiva que evite las categorías ortodoxas que dominaron durante largo tiempo el quehacer histórico-literario, no resulta lógico —desde nuestro punto de vista— actuar desde idéntica perspectiva etnocéntrica, pretendiendo crear, por ejemplo, un corpus terminológico “propio” que se sienta liberado de todo lo que supone como “ajeno”.

Nuestra situación actual [...] está dominada teóricamente por las preocupaciones epistemológicas. Unas preocupaciones que por la misma violencia radical de su presencia nos obligan a superar su eficacia coyuntural para enfrentarnos a una problemática existencial y, consiguentemente, para comprometernos con una práctica social del conocimiento diferente de las postuladas tradicionalmente (Lorite, 1984: 4).

8 Mario J. Valdés expone cuál es la hermenéutica de la historia literaria comparada que se ha desarrollado recientemente (Beltrán, 2005: 123- 218).

La *Weltliteratur* goethiana nos puede parecer una bella idea pero ¿podemos otorgarle un cariz verdadero, de realidad? Las limitaciones del trabajo investigativo nos llevan a acotar, no obstante, este ingente espacio, pero el margen que nos queda como especialistas que trabajamos tras la caída de los grandes relatos es centrarnos en cómo y desde dónde lo hacemos. Cuanto más cuidadosos seamos conceptualmente, menos traicionaremos nuestro objeto de estudio, que participa de muchas realidades (sociales, políticas, geográficas, culturales) pero que es también una actividad universal, con un vínculo estrecho como actividad humana y con un valor artístico-estético que puede quedar difuminado en medio de tanta funcionalidad. Es en el “gran contexto” del que hablaba Milan Kundera donde aflora —desde nuestro punto de vista— en toda su capacidad el valor estético de la obra de arte literario. No podríamos entender desde otra perspectiva que Rafael Gutiérrez Girardot analice con semejante brillantez la obra de Antonio Machado o los inestimables análisis que Mijail Bajtin realiza sobre la obra de François Rabelais.

Las literaturas en todas las lenguas, de todos los géneros, países y regiones e independiente de quién las escriba, la etnia a la que pertenezca, su sexualidad o su género, tienen rasgos en común además de diferencias; las une, entre otras cuestiones, el ser artefactos verbales, prácticas sociales y de sentido, lo que no conlleva que aboguemos por una perspectiva cerrada sobre la textualidad, puesto que creemos que más allá de las consecuencias simbólicas también están las prácticas: esa es una de las razones por la que insistimos en la precisión terminológica y de perspectiva; “los textos no sólo reflejan la realidad social sino que la crean” (Beltrán, 2005: 63), un planteamiento que refuerza el compromiso ético ineludible en el que están haciendo especial énfasis crítico de diversas procedencias a raíz de los debates abiertos sobre el canon, especialmente desde el ámbito de los Estudios Culturales:

lo que está en el centro de la controversia sobre el canon, más allá de la preocupación por tal o cual currículum, son las diferencias fundamentales a propósito del papel de la cultura en la sociedad moderna y de la responsabilidad de los intelectuales dentro de la academia” (Beltrán, 2005: 298).

La teoría literaria nos aporta múltiples herramientas para fundamentar la reactualización de historias literarias: las alertas que nos legan las luchas de los Estudios Culturales, el pensamiento de la desconstrucción con su crítica al estructuralismo y al intento de reconstrucción del significado, los análisis postcoloniales, las teorías hermenéuticas, la semiótica con su aplicación del pensamiento sistémico que, aunque proveniente de otras disciplinas, empieza a tener una enorme influencia (Lampis, 2010: 89), la teoría de los polisistemas que pone en valor la complejidad del entramado que conforma el sistema literario, etc. Todas estas perspectivas nos obligan

a replantear cómo queremos realizar historia literaria y ponen en jaque el concepto de “literatura nacional”, que arrastra en su propia crítica al de “literatura regional”, ya que ambos parten de un presupuesto que resulta muy discutible: que el hecho literario coincida con fronteras geopolíticas o lingüísticas.

Las diferencias, las fronteras, siguen siendo conceptos y espacios de sumo interés, pero difíciles de criticar, especialmente en un momento en el que no resulta políticamente correcto hacerlo. Sin embargo, la literatura, los textos literarios, nos convocan, nos unen, hacen que nos comprendamos y aprehendamos. Con ellos caen fronteras y se acortan distancias, siendo capaces de reunirnos, al menos, como centro de atención.

Bibliografía

- Beltrán Almería, Luis *et ál.* (2005). *Teorías de la historia literaria*. Madrid: Arco-Libros.
- Bedoya, Gustavo. (2010). “Nuevos aportes a un estudio histórico de la literatura colombiana”. *Lingüística y literatura*, 57, pp. 13-16.
- Culler, Jonathan. (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Díez de Revenga Torres, Francisco Javier. (1994). “Construir una literatura regional”. En: Mainer Baqué, J. C. y Enguita Utrilla, J. M^a (coords.). *Literaturas regionales en España: historia y crítica. Curso organizado por la Cátedra “Benjamín Jarnés”, de la Institución “Fernando el Católico”, y celebrado del 19 de abril al 12 de mayo de 1993*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 129-140.
- García Berrio, Antonio *et ál.* 2008. *Crítica literaria. Iniciación al estudio de la literatura*. Madrid: Cátedra.
- Gramuglio, María Teresa. (1984). *Cuentos regionales argentinos*: Buenos Aires. Argentina: Ediciones Colihue.
- Guillén, Claudio. (1989). *Teorías de la historia literaria (Ensayos del teoría)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Higuera Gómez, Ángela María *et ál.* (2006). “Panorama de la historiografía literaria en torno a la región: historias, política, propuestas”. *Lingüística y Literatura*, 49, pp. 75-94.
- Hina, Horst. (1998). “Literatura ‘regional’ o literatura ‘nacional’: la posición de Rosalía de Castro”. En: Díaz Larios, L. F. y Miralles, E. (coords.). *Del romanticismo al realismo: actas del I Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona, pp. 267-274.

- Jaramillo Morales, Alejandra. (2007). “Nación y melancolía: literaturas de la violencia en Colombia, 1995-2005”. *Arbor. Ciencia, Pensamiento, Cultura*, CLXXXIII, pp. 319-330.
- Kundera, Milan. (2005). “Literatura universal y literaturas nacionales”. *Claves de la razón práctica*, 151, pp. 4-9.
- Lampis, Mirko. (2010). “El texto artístico y la historia. Una mirada sistémica sobre la fijación y el devenir social de las estructuras significantes”. En: Chicharro, A, Linares Alés, F. (eds.), *Sociocrítica e interdisciplinariedad*. Granada: Ediciones Dauro, pp. 85-96.
- Laverde Ospina, Alfredo et ál. (2010). *Observaciones históricas de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo III*. Medellín: La Carreta Literaria.
- Laverde Ospina, Alfredo et ál. (2010). *Tradiciones y configuraciones discursivas: historia crítica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo II*. Medellín: La Carreta Literaria.
- Lorite Mena, José. (1984). “Objetividad, deseo de verdad y hermenéutica”. *Pensamiento. Revista de investigación filosófica*, 157, pp. 3-32.
- Mainer Baqué, José Carlos. (1994). “Literatura nacional y literaturas regionales”. En: Mainer Baqué, J. C. y Enguita Utrilla, J. Mª (coords.). *Literaturas regionales en España: historia y crítica. Curso organizado por la Cátedra “Benjamín Jarnés”, de la Institución “Fernando el Católico”, y celebrado del 19 de abril al 12 de mayo de 1993*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 7-22.
- Maíz, Claudio. (2006). “La modernización literaria hispanoamericana y las fronteras transnacionales durante el modernismo y el boom literario”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 35, pp. 221-242.
- Marín, Paula Andrea. (2010). “Gutiérrez Girardot, Rama y Bourdieu: aportes teóricos y metodológicos para la construcción de las historias literarias regionales y nacionales. El caso del subcampo antioqueño”. *Lingüística y literatura*, 57, pp. 19-33.
- Moyano, Marisa. (2005). “Los conceptos de ‘nación’ y los discursos fundacionales de la literatura nacional: la paradoja instituyente y la historia de una carencia”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 30. Recuperado el 2 de mayo de 2011, en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/cnacion.html>
- Ostria González, Mauricio. (1989). “Lo uno y lo diverso en la literatura hispanoamericana”. *Estudios Filológicos*, 24, pp. 97-102.
- Piotrovski, Bogdan. (2003). “La identidad nacional de la literatura actual colombiana en una interpretación axial”. *Litterae. Revista de la Asociación de Exalumnos del Seminario Andrés Bello*, 12, pp. 167-194.

- Prada Oropeza, Renato. (2001). “La literatura regional. El discurso histórico y el testimonial”. En: *El discurso testimonio y otros ensayos*. México: UNAM, pp. 81-93.
- Subercaseaux, Bernardo. (2007). “Literatura, nación y nacionalismo”. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIII, pp. 277-293.
- Tamayo Ortiz, Dora Helena y Hernán Botero Restrepo, (comp.). (2005). *Inicios de una literatura regional: la narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX (1855-1899)*, Colombia, Editorial Universidad de Antioquia.
- Vallejo Murcia, Olga y Laverde Ospina, Alfredo (coords.). (2009). *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo I*, Medellín, La Carreta Editores.
- Vargas Celemín, Libardo. (2003). “Los estudios de literatura regional: ¿Anacronismo o reto?” *Revista Aquelarre*, Vol. 2, No. 4, septiembre, pp. 83-90.
- White, Hyden. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.